

# *El Dinero*

Conferencia impartida en Puerto Real (Cádiz) el 11 de octubre de 1996

Agustín García Calvo

Vamos a hablar de lo que todo el mundo habla, no hay cosa de la que se hable más. Esto es lo primero que quiero recordaros. Además, os advierto que esto no va a ser una charla seguida, sino que cuento con vuestras voces; no vuestras voces personales, sino lo que pueda quedar de pueblo en cada uno de vosotros y se pueda manifestar por su voz. No esperéis coloquio final, interrumpid en cualquier pausa que haga.

Es una cosa que se sufre, de la que todo el mundo sabe, de la que todo el mundo también tiene ideas; por supuesto, falsas, equivocadas, como son todas las ideas, pero contra las que, sin embargo, cualquiera también puede razonar. Por eso, llamo desde ahora, ya, a vuestras voces.

Lo primero que os hago costar es esto: es de lo que más se habla, de una manera o de otra. De lo que más se habla, por supuesto, en las casas -por llamarlas así-, en los nichos de bloques de viviendas como son la mayoría, en los ratos en que la televisión no está funcionando para hablar de lo mismo, tam este arreglito o del otro: de Dinero. Incluso no hay que olvidar que, por aburrimiento o por miedo de hablar de otras cosas más interesantes, se habla también de Dinero muchas veces. Estoy por ahora recordando la vida privada, la vida corriente: la familia, los amigos en la taberna, los novios o parejas en formación. Muchas veces observaréis hasta eso, que por miedo de llegar en un momento dado a tocar alguna cuestión que puede ser de verdad candente y quemarles y ser interesante, pues se pasa hablando del sueldecillo, del aumento, del subsidio de paro, del pisito que se quiere comprar, del auto que se quiere cambiar: de Dinero. Y esto mismo de hablar de Dinero por no hablar de otra cosa, lo encontraréis igualmente en el plano público. Muchas veces, no ya sólo la propia televisión -rey de los medios de formación de masas por excelencia-, sino en cualquier otro sitio, pues parece que lo más familiar o fácil de inmediato es hablar de una manera u otra de Dinero, y, por desgracia -tengo que añadir- en una reunión sindical, por poner otro tipo de ámbito público, pues lo mismo, lo mismo. No va ahí a tratarse de cosas verdaderamente interesantes y que pueden producir perturbaciones en los corazones y las mentes de los asistentes, ¿no?, hay que hablar de Dinero, en cualquiera de sus formas. No tengo que recordároslas, pero ya sabéis que todas las cuestiones que normalmente se supone que a los trabajadores les interesan, o que cada sindicato supone que a los trabajadores les interesa, todas se reducen a lo mismo: lo mismo si se trata de pérdida o creación de puestos de trabajo, que si se trata de aumentos o disminuciones y de la relación del índice de precios con el aumento que el gobierno o quien sea ha autorizado... sin fin: de Dinero.

No hay cosa de la que más se hable, y es importante que retengáis eso: muchas veces, para no hablar de otras cosas que pueden ser más comprometidas, para evitar el entrar de verdad a fondo en la vida, en el engaño que se nos vende como sustituto de la vida, para no entrar en el descubrimiento de las falsificaciones sobre las que la vida de uno está hecha, por pura conformidad, se habla también de lo que está más á mano, y lo que está más a mano, de una manera o de otra, es siempre el Dinero. Incluso -ya os lo dije antes- en la vida privada, entre amigos o entre novios en una pareja en formación. ¿Cuántas veces, sin saber qué decir, en un silencio embarazoso, se acaba por aludir a cualquiera de esas cuestioncillas referentes a los pisos, o los puestos, o los jefes, o al IRPF... ¿No se sabe que el destino que os ha tocado es el trabajar y que el trabajar es vuestra vida y que la manera de asegurar, como dicen, vuestra vida, es decir, vuestro futuro, es tener un puesto de trabajo o provisionalmente cobrar una subvención de paro lo bastante

alta para esperar siempre el día de mañana, que os llamen a ocupar un puesto de trabajo, y cosas por el estilo? El tejemaneje en el que estáis metidos, esto es lo que le oís decir a cualquiera: cualquier político, cualquier Jefe de Empresa, cualquier Jefe de Banca, y todos lo mismo. El trabajo que les cuesta a los Medios de Formación de masas hacer creer, por medio de titulares, que fulano dice algo distinto de mengano, que ha dicho de verdad algo que se salga de la línea: es imposible. Cuando se mira bien, las diferencias no son más que disimulos; todos tienen que decir lo mismo, y este lo mismo es el acatamiento al verdadero señor: al Dinero.

Todo esto que os digo, y que supongo que resuena en vuestros corazones -ahora lo comprobaremos, en cuanto empezáis a soltar la voz-, se refiere, por supuesto, de la manera más exacta, al gran Dinero. Este es el que nos está importando en estos momentos: el gran Dinero; es decir, ése del que vosotros, no sólo es que no tengáis ideas -que eso sería lo de menos-, sino que tenéis, gracias a los Medios de Formación de masas, unas ideas equivocadas: por medio de los manejos de las cifras. Sí, vosotros las tenéis de vez en cuando en la Prensa, tanto en los presupuestos de los Estados como en las cifras de los negocios de la gran Empresa Internacional, las tenéis: os dicen: siete mil millones de dólares, ochenta y cuatro billones de pesetas. ¿Qué quiere decir para vosotros eso? Son cifras para el entretenimiento, para vosotros no quieren decir nada. A vosotros os dan un Dinero en calderilla con el que todavía parece que se puede comprar algo; en el mejor de los casos, pues compramos una torta de pan o pagamos un café; en el peor de los casos y el más corriente, cambiar de auto o cambiar de televisión, que es lo que está mandado, eso es lo que se lleva la mayor parte de vuestra pasta, por así llamarlo. Bueno, en todo caso, es un Dinero de calderilla, con el cual se os quiere hacer creer que las cosas funcionan como antaño, que el Dinero es algo con el que se puede comprar cosas, y cosas necesarias y buenas y placenteras. Gracias a esta diferencia: en el gran Dinero no pasa nada de eso. Una Empresa internacional o los chanchullos entre la tal Empresa y los varios Estados del desarrollo, no cuentan para nada con las cosas. A una gran Empresa le da lo mismo importar lapiceros de los chinitos esclavos de Hong Kong, que dedicarse a fabricar tractores para que los labradores de Andalucía los cambien, o que importar cigarrillos turcos o que traer alfombras persas o que ganarse un encargo para la fabricación de locomotoras de AVE o de Talgo: da igual. Todo es un magma, un magma. Para el Dinero de verdad, para el gran Dinero, no hay cosas. Las cosas como las que os he citado son un mero pretexto. A la empresa le da exactamente igual. Por eso os engañan cuando os quieren hacer creer que con el Dinero de vuestro bolsillo... con ése sí, con ése se compran todavía cosas, determinadas, que tienen sabor, que se sabe o se cree saber para qué sirven: ése es el Dinero con el que os engañan, el dinerillo, el Dinero en calderilla ; pero, desde luego, este engaño con el que os hacen vivir, está en relación con el Dinero de verdad, con el gran Dinero. Está en relación precisamente, y esta condición suma de engaño es la que revela esa relación.

Con esto tengo que pasar a preguntaros qué es en general el Dinero. ¿Qué es esto de lo que estamos hablando, esto que es de lo que más se habla? La pregunta '¿qué es?' es la pregunta que uno de los pocos muertos que quedan vivos, Sócrates, se dedicó a hacer a lo largo de toda su vida. Cuando la gente sacaba términos de estos: Justicia, Educación, Estado, la actitud era '¿qué es?' Porque, generalmente, las cosas funcionan como funcionan así de bien gracias a que nadie se hace esa pregunta: se da por sabida. Como habláis tanto del Dinero, como habláis tanto del sueldo, de la suvención del paro, del aumento o disminución de las tasas de esto o de lo otro, pues os creéis que sabéis de lo que estáis hablando. ¿Cómo no vais a saber, si maneáis tantas cifras, si vuestros periódicos y televisores están llenos de eso? Y, sin embargo, no lo sabéis, no lo sabéis, no lo sabemos. Este Dios se mantiene como se mantiene y nos domina como nos domina gracias a que no se sabe, no se le dirige esta pregunta. A todos los dioses de todas las religiones les ha pasado más o menos esto, dominaban en la medida que no se venía a descubrir su vacío, que el nombre de Dios estaba vacío, que es lo que se consigue mediante la pregunta '¿qué es?', ¿no? Esto es lo que pasó -se cuenta-, entre otras muchas ocasiones, cuando los romanos, Pompeyo y los siguientes,

tomaron Jerusalén y acudieron al Gran Templo, prohibido desde siglos para la entrada de todos, y descubrieron el vacío. Entonces, una y otra vez, se demostró que el Poder precisamente consistía en ese vacío. Esta noche nos estamos dedicando a intentar pegarle por lo menos un picotazo a ese Dinero, preguntando ¿qué es?

Todo el mundo por lo bajo, como gente, como pueblo, ha tenido siempre alguna sospecha del engaño, de la vaciedad que había allí. Esto se ha manifestado en muchas cosas, en dichos, más o menos involuntarios, escapados de la boca de la gente. Se ha manifestado también en la manera en que el pueblo, muchas veces, más bien en otros tiempos, antes del régimen actual, hablaba de Dinero con nombres como 'la pasta', que acabo de emplear; es decir, no se dignaba darle su nombre propio, y las maneras en que se rehuía el nombre del Dinero eran interminables. El Dinero -éste fue un descubrimiento de otro de los pocos muertos vivos que nos quedan, de Freud-, el Dinero tiene una relación inmediata con la mierda, que es otra de las cosas que tampoco se debía mencionar: la caca, escremento, pero la mierda no. ¡Mierda no! y como sabéis, por ejemplo, entre los franceses, ahí llegó esta prohibición al extremo de que ¡Merdel es hoy todavía el más fuerte de los juramentos: sacar la palabra directamente. Pues 'la pasta', los fondos y todas las demás cosas que recordáis se parecen mucho en su tratamiento. Freud mostró claramente la relación entre la mierda y el Dinero. El la mostró sobre todo a propósito de la formación del alma, claro, en un niño. El descubrió con bastante claridad que la primera relación económica que el niño establece con sus padres es, cuando después de algún conflicto intestinal, como suelen padecer a los dos o tres añitos, un fuerte estreñimiento o lo contrario o así, el niño les ofrecía a sus padres una cagadita bien hecha y en su momento, y entonces éste era su obsequio y ésta era la primera relación económica.

Pero, desde luego, aunque Freud se dedicó más bien a examinar este aspecto, podemos, y es lo que voy a hacer ahora, generalizarlo mucho más. Se parece a la mierda en cuanto que los alimentos diversos que ingerimos y de los cuales, de muchos por separado, extraemos o nos parece extraer un placer especial, y encontramos incluso mucho agrado en variar, sobre todo si somos un poco ricos, variar de comidas, no tener siempre la misma dieta, y alimentarnos con productos muy diversos, todo eso en el escremento queda anulado: todo en el escremento, en la otra punta, por decirlo así, toda aquella variedad, todos aquellos olores y sabores diversos, todo aquello queda completamente anulado y reducido a lo mismo. Este es el gran parecido con el Dinero en el que quiero insistir ahora. Esta es la relación que me importa: la relación del Dinero con las cosas. La relación del Dinero con la riqueza. En contra de lo que os quieren hacer creer, de que se trata de un intercambio, que por medio del Dinero se adquieren cosas y, viceversa, vendiendo cosas se adquiere Dinero, en contra de esta mentira dominante, convendría que desde hoy empezáramos a ver cómo esto no es así. No se puede comprar nada con Dinero sin que eso que se compra quede transformado, pierda su condición de cosa. Como una vez me salió decir "la marca en el precio del bollo lo cambia al bollo de gusto". Esto es lo que hay que recordar: la transacción, el intercambio que se os presenta como inocente, como normal, como cotidiano, es falso que lo sea, no es inocente.

Las cosas en verdad quedan anuladas por el Dinero. El Dinero, del que empecé mostrando que, puesto que es de lo que más se habla, es la realidad de las realidades, al mismo tiempo también que es la realidad de las realidades, al mismo tiempo es la muerte de las cosas. La muerte de las cosas palpables, diferentes, útiles de veras para nuestra carne y nuestros deseos, sabrosas de veras, palpables: cosas, todas éstas son las que mueren bajo el Dinero. No penséis que exagero demasiado. Desde luego, hay grados, pero esto que os digo en general respecto a esta cosa de las cosas que es la que hace desaparecer las cosas, en los diferentes grados se puede apreciar. Fijaos en las cosas que el Estado del Bienestar os pone en el mercado. Muchos de vosotros, trabajadores o parados (que me da lo mismo, porque, si fuerais parados para siempre y desengañados y no estuviérais esperando que acabara el paro, sería diferente, pero, si no, da lo mismo... ), pero hasta el poco Dinero en calderilla que os dan, ¿en qué os lo gastáis? Os lo voy a repetir

rápidamente: en algo así como el diez o el quince por ciento, en cosas que os sirven, que de verdad necesitáis y os gustan: El resto os lo gastáis en cosas perfectamente inútiles y que, cuando se las mira bien, no son más que Dinero envuelto en papeles de colores. Esa es la condición de la mayoría de las cosas que os venden. Si el Capital no os obligara, con motivo del tejemaneje del trabajo, a tener un auto y a tener que cambiarlo para trasladaros, si no os obligara (porque si no, ¿qué diablos vais a hacer en casa los ratos que nos estéis jugueteando amorosamente y, desde luego, los ratos, que nunca se dan, en que os pongáis a hablar en serio con la mujer o el marido ni con los niños, si no tuviérais el televisor que os lo resuleve todo), si el Capital y el Estado no os obligaran a comprar esas cosas y otras más, desde luego no habría motivo de penuria ninguna ni con el más escaso de los sueldos, hasta dentro de la miseria que se os da. Pero estáis obligados a comprar inutilidades, y las inutilidades son la mayoría de lo que compráis. En cuanto se lo mira un poco de cerca, son cosas que no se han fabricado nada más que para comprarlas, no tienen ningún otro sentido. Entrad en un supermercado, hipermercado o cualquier otro ambiente de esos de los que no quiero acordarme para no quedarme mareado aquí mismo, entrad en cualquiera de los espacios y recorred con los ojos las estanterías, id mirando, id mirando cada cosa hasta qué punto os la meten, es decir, os crean la necesidad, os crean el deseo, y hasta qué punto habéis entrado allí buscándola, por deseo, por necesidad. Os encontraréis esa proporción. Queda un resto, un resto de cositas que todavía se palpan, tienen sabor, una minoría; la mayoría, como todas las mayorías en el Estado Democrático que hoy día padecemos, la de las poblaciones, y la de las cosas -me da igual-, la mayoría está sometida a esta ley que he dicho. No sirven para nada, podríamos prescindir de ellas. Si alguna vez me he dado el gustazo de acompañar a alguien un poco más pervertido que yo a entrar en un supermercado, es para darme cuenta de la inmensa cantidad de cosas que no hacen puñetera falta para nada, sin las cuales puedo vivir sin hacer la menor intención de ahorro ni nada. Eso es una de las pocas utilidades que puede tener un supermercado. La mayoría es así, y quiero aclarar lo que he dicho: Dinero envuelto en papeles de colores. Eso es lo que son las cosas en su mayoría, que se os venden y compráis, dejando aparte ese residuo, ese margen de situaciones de otros tiempos /.../ porque como he dicho, no es verdad que estén fabricadas ni para comer ni para frotarse la piel ni para hacer más agradable el baño ni para pasar menos calor en el auto por dentro los días de verano ni para ninguna de las tonterías que os cuentan por la televisión: esos son los pretestos. Están hechas para comprarse y venderse; su única función en este mundo es comprarse y venderse, y una cosa que está para eso, una cosa que no se sostiene más que por la función de la compraventa, es una cosa que ya es Dinero. La cosa se os ha convertido en Dinero. Ya en regímenes anteriores era una cosa vieja lo que los capitalistas desarrollaban como inversión. Muchas veces, en lugar de tener esta forma de dinerillo que es la que se os da -billetes de Banco y cosas así-, pues era mejor invertir en joyas, en fincas; naturalmente, quien invertía en fincas, en joyas, estaba declarando que para él ni las joyas eran joyas ni las fincas eran fincas. Las joyas eran Dinero, se supone que más seguro, y las fincas eran Dinero, y la condición de fincas o de joyas era un mero pretesto, porque así funcionaba el mercado. La propiedad -tengo que decirlo un poco deprisa, pero, si os quiero oír hablar, tengo que irme quedando alguna-, la propiedad y el disfrute no casan entre sí, son incompatibles. Pensar que un señor puede invertir sus capitales en la finca y disfrutar de ella, eso es como soñar con una figura, como a veces suelo hacer, del siglo pasado, de un burgués de la dorada burguesía, nada más tenemos que ver a los potentados de hoy día, ver que eso de tener y al mismo tiempo disfrutar... Disfruta, disfruta el rapaz que todavía es capaz de colarse por una tapia y comerle los higos al dueño de la finca y salir escapado; ése sí, ése a lo mejor sabe a qué saben los higos; pero que el dueño pueda hacer lo mismo... En contra de lo que os cuenten, la propiedad y el disfrute no casan, no se pueden unir; las cosas, si se toman como propiedad -y especialmente en el caso que he dicho, algo anticuado, de la inversión en fincas o en joyas-, inmediatamente se convierten a su vez en Dinero. Vienen a ser formas de Dinero disimuladas, recubiertas, como antes decía, de papelines de colores, como en el supermercado.

En el régimen actual esto se cumple de la manera más rigurosa. Las cosas, en cuanto están sólo para comprarse y venderse, por tanto, para conseguir que el Capital siga moviéndose y, por tanto, el Régimen que

padecemos se mantenga, esas cosas no son cosas: son Dinero, son formas de Dinero, y esto es lo primero que hay que reconocer si no se quiere engañar. Muchas veces, la gente sigue preguntándose, como en tiempos de los abuelos, qué es lo que el Dinero puede dar, si el Dinero da la felicidad, si el Dinero no da /.../ esas mandangas tradicionales que nos vienen casi como de los cuentos de Maricastaña. Tenemos que responder decididamente a esto: el Dinero es poderosísimo, es el verdadero señor de este mundo, como antes he mostrado al recordaros que Estado y Capital han quedado reducidos a la misma cosa en el Régimen que hoy día padecemos; es más poderoso que nadie, es Dios, es el único verdadero rey, es el único verdadero jefe de empresa, el Dinero en abstracto, el Capital: puede mucho, pero, como todos los poderosos, no puede hacer más que lo que está hecho. Lo que no cabe imaginar es que el Dinero pueda servir para algo que no sea esto para lo que sirve. Lo mismo que os mostraba cómo era incapaz de imaginar a un político que de repente dijera que no hacía falta trabajar o que de repente dijera que se acabó el automóvil, de la misma manera os digo: el Dinero, por boca de cualquiera de sus servidores, nunca -ni por varios ni por ningún otro procedimiento-, nunca puede producir nada más que lo que está hecho, es decir, Dinero. El Poder, de los políticos y de los banqueros -me da igual-, de los empresarios, el Poder es el poder de hacer lo que está hecho. Ese es el poder poderoso, ése es el que os mata, ése es bajo el que verdaderamente estáis padeciendo. Que el Dinero pueda dar riqueza, eso es inconcebible. El Dinero es la muerte de la riqueza. La riqueza de verdad, ésa palpable y sensible, ésa de las cosas cuando eran cosas, ésa el Dinero no puede darla, porque, después de lo que os he dicho, ya se ve que es imposible. El Dinero se constituye como muerte de esas cosas, como muerte de la riqueza. Por tanto, pensar que el Dinero pueda dar riqueza, en el sentido de cosas palpables, sensibles, que puede dar vida, eso es estúpido, eso es quererse engañar. Eso el Dinero no puede hacerlo: es tan poderoso porque puede hacer lo que está hecho, pero para ello no puede hacer lo que no está hecho. El Dinero... estos días pasados me salía la fórmula, recordando esta monserga de las abuelas: 'el Dinero ¿puede dar la felicidad? El Dinero -¿qué tonterías se decían?- no da la felicidad, hija mía, pero ayuda a soportar la infelicidad', o ¿qué otras tonterías se decían?: unas cuantas, unas cuantas son tradicionales, ¿no? Hay que acabar con esto lo primero, éste es el primer peldaño en la lucha contra el Régimen que padecemos. El Dinero no puede dar la felicidad por la sencilla razón de que la felicidad no se sabe qué diablos es, y el Dinero sí se sabe, y entre lo que no se sabe y lo que sí se sabe no hay casamiento posible. La gracia de eso a lo que aluden palabras como Vida', 'felicidad' y todo eso, la gracia es que no se sabe qué son, que se inventan, que no están hechas de antemano. En cambio, el Dinero es lo que se sabe y se cuenta, lo que está verdaderamente hecho de antemano. De manera que es imposible esa relación, no hay casamiento. Entre lo que no se sabe qué es, y que en eso tiene su gracia, y lo que sí se sabe qué es, no hay casamiento, no hay /.../ Lo uno no va con lo otro.

Esto conviene recordarlo bien; y ahora tengo que terminar, pues, como es natural -terminar quiero decir antes de pasaros la palabra-, volviendo a este tipo de instituciones a las que la CNT, entre otros muchos, pertenece, que son colectivos de trabajadores, por decirlo con los términos antiguos, y, en los casos más extremos, sindicatos. Tengo que volver a meterme con esto, porque es lo que más de cerca nos interesa. Ya antes lo he hecho de paso. Una de dos: o venimos, sea a la CNT o a cualquier otro sitio así, porque no aguantamos el Régimen que padecemos y porque deseamos, de alguna manera, acabar con las mentiras que lo constituyen, o venimos a alguna otra cosa, a algún otro juegucito, pero en ese caso no sé a qué diablos viene el llamarse comunismo o anarquismo u otro ismo ni nada de eso. Si la gente que más padece el Régimen, más o menos se habla entre sí y se junta, parece que es evidente que tiene que ser con una intención decididamente negativa, decirle 'No' al Régimen y hacer todo lo posible, por astucias o por fuerzas o por pura inteligencia o por puro corazón, sea como sea, para acabar con ello. Decirle que no de verdad, decirle que 'No' con la boca y con las manos, (todo va junto, nunca está tan separado lo uno de lo otro), y, si no, no tiene sentido.

Bueno, pues cuando entonces nos encontramos en la colectividad, en el sindicato en el caso

estremo, ahí toma la forma que suele tomar precisamente para atraer trabajadores. 'No hay que asustarlos - estamos igual que el político o el empresario de antes-, no hay que asustarlos hablándoles de cosas de verdad. ¿Cómo vamos a llamar a un sindicato a la gente diciéndole que vamos a luchar contra el Dinero? Hay que ser prudentes, tenemos que hacernos nuestra población y, entonces, los tenemos que atraer a que hablen ¿de qué?: de Dinero, lo que se supone que le interesa a cada trabajador, es decir, la seguridad de su puesto, la posibilidad de mejora, las condiciones del paro, la creación de puestos de trabajo para sus hijos, las facilidades para que los hijos estudien o dejen de estudiar...' bueno, todas las cosas que sabéis que se discuten y que se supone que son las que interesan, que son prácticas. Y que se discuten no sólo en el sindicato; son las que se discuten en una reunión de profesores de un centro o en cualquier otra reunión de más o menos trabajadores donde sea. Pues así no hay manera, comprenderéis. Sí, por el truco que sea, aquella rebelión contra el Poder que padecemos, que, como he mostrado claramente, no es otro que el del Dinero, viene a hacernos pasar el tiempo y emplear nuestras comunicaciones y reuniones hablando del Dinero y dando por supuesto que aquello es lo que nos interesa, ¿qué diablos estamos haciendo? Así no hay manera de dar un paso adelante. Está condenado, está condenado desde la raíz, está condenado al servicio, porque no cabe la menor duda de que todos los colectivos de trabajadores en los niveles más bajos que dedican su vida a hablar de Dinero están formando el mismo sistema que forman por arriba los bancarios y los ministros; que son los mismos: todos hablan de lo mismo y, por tanto, sirven al mismo Señor.

El pueblo, que, lo mismo que la felicidad, no se sabe lo que es, el pueblo es algo que sólo vive sin Dinero. Aquello que nos queda de pueblo, que es lo mismo que quiere decir de vivo, no es compatible con el Dinero. El Dinero no es compatible con nada bueno, no es compatible con nada bueno. En este sermón no os estoy haciendo ninguna propuesta moral como si fuera un cura, diciendo que renunciéis a ganar o a gastar y que os dedicéis a un ascetismo del dinero. No, no, porque a mí las personas no me interesan, y cada uno hace lo que puede y tiene sus contradicciones y las resuelve como puede. Me interesa lo que está por debajo, lo que nos queda de pueblo. Y es de ése, es de ése del que digo no sólo que no necesite Dinero, sino que no es compatible con el Dinero, que nada bueno, nada bueno es compatible con el Dinero, y que quien no empiece por reconocer cuál es el Señor que nos mata y que lo primero es denunciar o luchar contra El, todo lo demás que haga lo está condenando al servicio de una manera inevitable, de una manera -y con esto voy a dar la voz- de una manera especial también por medio del aburrimiento: es otra aparición del vacío.

No creáis que el Estado, que es el mismo que el Capital, tiene tanto interés en que los trabajadores se preocupen de la subida o bajada del IRPF o de la tasa de relaciones entre el índice de precios y lo otro, porque de esta manera tiene a todo el mundo colaborando en el mismo juego. No sólo es por eso: es porque también el Señor, ya desde lo alto, sabe que no hay cosa más aburrida que hablar de las cuestiones prácticas, es decir, de las del Dinero, y el Señor tiene un interés enorme en que os aburráis hasta el extremo, en que vuestra vida sea un puro aburrimiento, entre otras cosas porque, de esa manera, luego os puede proporcionar los medios de llenar el aburrimiento -con la televisión a la cabeza- que es, como comprenderéis, pues la industria de las industrias. Tienen mucho interés en que os aburráis. Entonces, pues pensad que en una reunión de trabajadores, de profesores y tal, en que se hable de lo que hay que hablar, ¿eh? ("dejémonos de chorradas, no vamos aquí a hablar del amor o de la vida o de tal o de trabajo así por las buenas, ¿no?, vamos a hablar de lo que está mandado, de lo que está a la orden del día") el aburrimiento está garantizado. Todo el mundo inmediatamente sabe que se va a pasar dos horas de aburrimiento mucho más intenso que el que puede pasarse en el propio tajo o en la propia oficina, que ya es mucho, que ya es mucho. Pero todavía, en comparación, en el tajo o en la oficina, pues de vez en cuando, ya se sabe -no sé: pára uno, cambia de ritmo o cruza unas palabras con el compañero; bueno, la cosa no es tan grave. Pero en una reunión sindical de trabajadores, financiera, ahí no hay escapatoria, ahí el aburrimiento integral está garantizado. Esto demuestra que en vuestros corazones sentís que lo que de verdad vale es lo que está por debajo del Dinero, eso que el Dinero no puede comprar y que, por tanto, el Dinero se establece en una

superficie en la que habláis de él y os condenáis a ese aburrimiento integral.

Pero ese aburrimiento no es ninguna tontería: el Estado y el Capital tienen un interés enorme -repite- en que vuestra vida se quede convertida en un vacío. La mejor manera de que la vida quede vacía es llenarla de un hablar acerca de una cosa esencialmente vacía como es el Dinero. Este es el gran truco. Tratando de y hablando de algo esencialmente vacío como el Dinero, se garantiza que la vida quede reducida a puro tiempo, tiempo vacío, que es la verdadera aparición del Dinero, la verdadera moneda, porque el Dinero es tiempo. Esa es la intención suprema del Jefe y del Señor sobre nosotros; de manera que se trata de conseguir ese aburrimiento y, vuelvo a insistir, al mismo tiempo (no da puntadas sin hilo, como véis), al mismo tiempo eso garantiza que vuestro aburrimiento os lleve a la compra de los medios de diversión, que creáis que, puesto que ya durante siete u ocho horas os habéis aburrido bien, habéis trabajado, habéis cumplido y todo eso, pues por lo menos luego, luego tengáis el mismo aburrimiento pero recubierto, disfrazado, por medio de la televisión o de otras cosas, que es lo que hace, lo que lo garantiza más y más; que si al cabo de haber cumplido como buenos trabajadores once meses, habéis conseguido, a lo mejor gracias a los sindicatos, que se os den treinta o treinta y un días de vacaciones, pues tengáis garantizado que vais a tener un mesecito más en que vais a pasároslo peor que ninguno de los otros meses, sudando con el auto de acá para allá y sufriendo como nunca, pero, evidentemente, divirtiéndooos y, al mismo tiempo que os divertís, pues pagando a las agencias de viaje, a los gasolineros y a todo el resto, que es lo que está mandado. Este es el truco.

Con esta, pues, consideración sobre el aburrimiento, es decir, el vacío, quería terminar lo que tenía que decir, intentando empezar a romper esta mentira del Dinero. Y ahora ya os dejo, para el rato que nos quede, la palabra.